

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
 Provincias: 7,50 id.
 Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
 Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Montera, 53, segundo
 MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
 Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

DOS DE MAYO

Las naciones tienen fechas memorables lo mismo que los individuos.

Esa serie continuada de actos que se llama vida, es en los pueblos más íntima, más trascendental que en los miembros que constituyen la sociedad.

Porque aquellos, al llevar á cabo una acción, ponen en juego todas sus fuerzas, todo el conjunto de ideas, de creencias y de aspiraciones que mueven la máquina del organismo social. Estos, por el contrario, solo se determinan de un modo relativo, y su esfera de acción queda limitada á los reducidos horizontes del pensamiento, que no puede llegar al campo de la realidad y queda estacionario y latente.

Porque cada acto solemne de la vida de un pueblo, es un paso más hácia su perfeccionamiento, y las fechas que lo conmemoran están escritas con caracteres de diamante en el glorioso libro de la historia.

El DOS DE MAYO DE MIL OCHOCIENTOS OCHO es un recuerdo de sangre para muchos, de ignominia para otros, de libertad para los más.

Ese día, para siempre memorable, no es un hecho aislado de esos que excitan el entusiasmo de la nación entera; no es una revolución del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor: no es una protesta de la libertad contra la tiranía; es la explosión del sentimiento de independencia que palpita en la conciencia de todo pueblo digno, es la manifestación ardiente, poderosa de la dignidad de una generación que se acuerda de que entre sus ascendientes ha contado paladines como Indibil y Viriato, y baluartes de su poderío como Sagunto y Numancia.

En la marcha histórica de los tiempos, cada circunstancia responde á un modo de ser determinado; cada hecho á un carácter arraigado y dominante en las naciones.

El pueblo hispano dormía aletargado en la inacción producida por el vértigo de sus victorias y el perfume de sus laureles: semejante al león que yace postrado de la calentura después de haber dado prueba de su fuerza gigantesca, el mismo sentimiento de su poder y el cansancio producido por sus innumerables guerras, teníanle sumido en un estado de pos-

tración tal, que la privilegiada inteligencia del Capitán del siglo creyó posible su conquista.

Pero no en vano se hieren las fibras más delicadas del orgullo de una nación; no en balde se pretende pisotear su bandera al grito de libertad y civilización.

Aquellas huestes que habían paseado sus victoriosos estandartes desde un confín al otro de la Europa; aquellos ejércitos acostumbrados á vencer en Italia y Alemania, en Egipto y en Palestina, vieron de pronto detenidos en su marcha incontrastable por un pueblo desarmado y hambriento que, á falta de medios materiales que oponer en defensa de su independencia, ofrecía al mortífero fuego enemigo unos pechos rebosando indignación por el incalificable atropello de que era víctima, y llenos de amor delirante y frenético hácia la patria invadida en mal hora por hombres ansiosos de poseerla.

El DOS DE MAYO DE MIL OCHOCIENTOS OCHO brota la primera chispa en la misma puerta del alcázar de Madrid; el pueblo es acuchillado en la Puerta del Sol, en el Prado y en Monteleón; Daoiz y Velarde sucumben heroicamente al frente de un puñado de valientes que, con las armas en la mano, protestan contra un señor que se les impone á la fuerza; y todo Madrid, en fin, da prueba de una virilidad y entereza propias de los tiempos de Cínacino y de Leonidas.

El fuego se propaga con la rapidez del rayo por toda la Península ibérica; las masas de patriotas corren en tropel al campo de batalla á ponerse frente á frente de las legiones vencedoras en Arcole y en las Pirámides; abaten en las gloriosas llanuras de Bailén el águila imperial, y ya vencidas como en Riosco y Ocaña, ya victoriosas como en la Albuera y en los Arapiles, demuestran al mundo atónito que aún corría por las venas de los españoles la sangre de los héroes de Covadonga y de las Navas, de San Quintín y de Otumba.

El DOS DE MAYO es el principio de la era de regeneración de nuestra patria. A partir de este día, para siempre inolvidable, el pueblo, huérfano de sus autoridades supremas, abandonado á sí mismo, conoce que él, y solo él, es el llamado á restañar las heridas causadas

en el corazón de sus más sagradas instituciones.

Por eso en lo más empeñado de la lucha de seis años que tiene que sostener con el coloso de Córcega, quédale aún tiempo para pensar en los más altos intereses sociales, sin los cuales no es posible ningún gobierno, y convoca á aquellos ilustres patricios que en Cádiz hacen solemne y pública declaración de los derechos de la nación y de sus habitantes.

Véase por qué la conciencia nacional herida en el DOS DE MAYO produce esos frutos benéficos que alimentan el organismo de nuestro modo de ser actual.

Por esto hemos dicho que el DOS DE MAYO no es únicamente una fecha gloriosa, sino el primer punto de una etapa que recorre nuestra generación por la senda de sus más íntimas obligaciones y de sus más inviolables derechos.

Al recordar este día á la juventud, la inculcamos el sentimiento patriótico que debe presidir á todas sus acciones cuando se halle en estado de entrar á regir los destinos del país; la enseñamos lo que hicieron sus mayores en horas críticas para su independencia, siendo esto una lección elocuentísima que mantiene siempre vivo el fuego sagrado del sentimiento nacional.

Nosotros los que vivimos en la corte, debemos recordar con más júbilo que otros el día DOS DE MAYO DE MIL OCHOCIENTOS OCHO. Al pasar junto al monumento que guarda las cenizas de los héroes de nuestra independencia, no podemos menos de enorgullecernos de pertenecer á un pueblo cuya fama llegó en un solo día á todos los confines del mundo civilizado.

¡Gloria á los mártires que regaron con su sangre generosa el campo de la lealtad!

A ellos debemos nuestra existencia como nación, y nuestra vida como hombres libres.

¡Independencia y libertad! ellos nos las dieron. En día tan glorioso no habrá, seguramente, corazón que no palpite de entusiasmo al recordar aquellos hechos heroicos que tan alto pusieron el nombre de la nación española.

¡Gloria á los héroes!

LA REDACCION.

SUMARIO

- I. Dos de Mayo.—II. La regeneracion de la mujer.—
 III. El Dos de Mayo.—IV. El alcalde de Móstoles.—
 V. A la memoria del precóz niño Angelito Novi.—
 VI. Las vacaciones.—VII. Flores del cielo.—
 VIII. Una visita á la penitenciaría de Lovaina.—
 IX. ¡Quién pudiera hacer bien!—X. Suellos.

LA REGENERACION DE LA MUJER

Desde que los adelantos de nuestro siglo han progresado en tan gran escala, que todas las esferas de la actividad humana han sido invadidas por ellos, los hombres que se preocupan de los graves problemas sociales han fijado su atencion en uno que es de suma trascendencia: la regeneracion de la mujer.

Por todas partes se oye hablar hoy de esta hermosa compañera del hombre, en el sentido de que es preciso y urgente á todo trance reformar profundamente su condicion social; muchos centros de Europa y de América tienden al mismo fin, pero son tan encontrados los principios que se sustentan, tan antitéticos los medios que se proponen, que lo que en su esencia es altamente moral y humanitario, viene á ser, en sus manifestaciones, origen de discordia y palenque de los más crasos errores.

Es incuestionable que la mujer, tal como hoy se halla socialmente constituida, no llena ni puede cumplir los fines de su creacion. Es indiscutible que, sin una regeneracion completa, radical, la sociedad no puede marchar con desembarazo por el camino de su perfeccionamiento, porque le falta uno de sus sostenes, tal vez el más necesario, el más indispensable.

No nos fijemos en los tiempos antiguos en que la mujer no se consideraba como criatura racional, sino como un objeto, á veces de placer, y siempre de estorbo; detengámonos en los modernos, que son de libertad y de luz, de progreso y de perfeccion.

Há diez y nueve siglos que el Mártir del Calvario declaró con su divina palabra y sancionó con su propia sangre el dogma de la igualdad del hombre y de la mujer. A juzgar por las consecuencias, esta doctrina no ha sido aún comprendida por la humanidad, porque si lo hubiese sido, no habria que lamentar hoy fatales consecuencias de resabios que nos

han dejado los tiempos de los Césares.

No es la mujer esclava en la actualidad como lo era entre los romanos; es libre, completamente libre, segun la doctrina del Crucificado, pero á pesar de su libertad, tiene tantas trabas para utilizarla y tantas barreras opuestas al desarrollo de su inteligencia, que su condicion muy poco ha cambiado en la esencia.

La mujer, como sér racional, está compuesta, lo mismo que el hombre, de cuerpo y alma.

Ella tiene inteligencia y está perfectamente modelada para concebir las grandes creaciones de la ciencia y los más sutiles conceptos de la metafísica; sus facultades intelectuales son iguales, si no ya superiores á las que posee el sexo fuerte. Pues bien: ¿qué ha hecho hasta ahora la civilizacion para cultivar estas dotes?

Nada.

Enhorabuena que la mujer, en cuanto á su cuerpo, no goce de la licencia (porque no puede llamarse libertad), del hombre. Concedemos de buen grado que su mision en la tierra, como distinta de la de aquel, ha de cumplirse por medios diferentes, más bien en la forma que en el fondo. Confesamos que el hombre está llamado á ejercer sobre la mujer una dulce tutela que la guarde de las contingencias á que está expuesta por su naturaleza débil y su corazon impresionable; pero esto no autoriza á aquel á erigirse en señor y árbitro de todo, valiéndose de la razon de la fuerza, que es, á falta de otra, una lógica razon en nuestro siglo.

A la mujer se la posterga en un rincon del hogar sin hacer caso de sus atinadas reflexiones, y hasta teniendo por debilidad el escucharla en los más áridos problemas que atañen al bienestar de la familia. A la mujer no se le enseña nada que sea sólido, sino un conjunto de frivolidades, que serán muy bellas, pero que no responden á los fines que al crearla se propuso la naturaleza. Lo más que se la exige es que sea virtuosa y fiel, como si con esto hubiese cumplido los deberes que le impone su destino.

Es necesario que el hombre, que el legislador, se convenza de que es muy deficiente la instruccion que se dá á la mujer de nuestros dias. So-

lamente se trata de hermosearla en lo tocante á la vida material, muy poco en cuanto á la moral, y nada respecto de la intelectual.

Amargamente nos quejamos de los frutos que tal estado de cosas produce; pero nadie se aventura á poner el cáustico á la llaga. Urge, sin dar lugar á espera, la pronta y eficaz regeneracion de la mujer.

La hija, segun hoy se la educa, es, si pobre, una carga para sus padres, y, si rica, un mueble de adorno.

La esposa, á su vez, no es más que un peso que grava sobre los hombros del esposo, ó un objeto decorativo con que cubrir la ambicion ó las conveniencias sociales.

La madre no es otra cosa que una nodriza, muy amante, muy solícita, pero que no puede pasar la meta de atender tan solo á las necesidades materiales del hijo.

Si á la amante compañera del hombre se le diese la educacion á que es acreedora, y que la sociedad reclama, la hija seria un alivio de sus padres, la esposa un báculo del marido, y la madre una dulce é inteligente preceptora que inculcaria en su hijo las más sanas doctrinas y le enseñaria los deberes del ciudadano.

Mientras los hombres que legislan en nuestros dias no conozcan esta verdad, la sociedad solo adelantará con pasos ficticios y estará condenada por mucho tiempo aún al espectáculo de ver tanta mujer desgraciada que solo puede optar entre perecer de hambre ó lanzarse con los brazos abiertos al lodazal del vicio.

Hoy la mujer no tiene porvenir, y debiera tenerlo; no posee medios de arrastrar su vida por el mundo, y debia poseerlos.

Esto consiste en que los hombres lo hemos acaparado todo y nada dejamos para ella. En cambio sabemos condenarla cruelmente cuando su desdicha y su miseria la conducen á un terreno repugnante para su corazon amoroso, para su delicada dignidad.

Permítase á la mujer desempeñar muchas profesiones que son congruentes á su esencia y á su naturaleza; no se le cierren las puertas de los estudios superiores, que es apta para ellos, tanto ó más que nosotros; deséchense ridículas preocupaciones indignas de nuestro siglo, y esa cifra

numerosa de mujeres que se vé despreciada por la sociedad cuando ésta tiene la culpa, no se perderá tan miserablemente como estamos viendo en esta época.

Franquéense los obstáculos que cierran á la mujer el camino de su rehabilitacion, y ella hará lo demás, porque tiene conciencia de lo que vale y de lo que tiene derecho á exigir de sus semejantes.

Es pueril creer que su inteligencia no es como la nuestra; esto que en su insensato orgullo pudieron creerlo los hombres de la Edad-Media, seria un crimen patrocinarlo en el presente momento histórico.

La mujer es tan inteligente como el hombre; si éste la ha condenado á la ignorancia, y ella se resigna porque es débil, no por eso deja de protestar en su alma de la ignominia de que es víctima.

Y no queremos con esto hacernos partidarios de ciertas utopías novísimas que reclaman para el bello sexo ciertos derechos políticos y sociales; nada de eso: queremos para la mujer el reconocimiento de lo que vale, y que se la regenere para hacerla digna de su mision.

En cuanto á los llamados derechos que imaginaciones calenturientas pretenden para ella, no los necesita: para una mujer no hay mejor derecho que el amor del compañero de su vida.

Sea regenerada, y será digna compañera del hombre.

Sea amada, y vivirá feliz.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

EL DOS DE MAYO

Á ESPAÑA

En hora infausta le plugo al águila vencedora,
¡oh, Pátria! ser tu señora,
imponiéndote su yugo.
Si aquel colosal verdugo,
embriagado en su victoria
las páginas de tu historia
no desechase al olvido,
quizá no hubiese venido
á que eclipsaras su gloria.

Siempre leal y al abrigo
de fé que crees verdadera,
abres las puertas, sincera,
á tu traidor enemigo;
en vano luchan contigo
hambre, peste, fuego y guerra,
que tu valor no se aterra,

ni en tí mandará el tirano
mientras quede un solo hispano
en un rincón de la tierra.

¡Traicion! exclama en Madrid
el pueblo, viendo su ultraje,
y arrastrándolo el coraje
con entusiasmo á la lid.
Toda la pátria del Cid
de heróico fuego se inflama,
y recorriendo la llama
los confines más distantes,
esta Nacion de gigantes
su independencia proclama.

Al impulso generoso
de aquella enseña querida,
todos ofrecen su vida
contra el extranjero odioso,
y demuestran al Coloso
que sus robustas legiones
no doman á las naciones
donde, con fiero heroísmo,
combaten por patriotismo
sus valientes campeones.

España, mi pátria amada,
para el colmo de tu gloria
basta que cuente la historia
esta famosa jornada;
si has de vivir respetada
y ser de la guerra el rayo,
ahuyenta el torpe desmayo
en que te sumió el olvido,
y ten presente que has sido
la tierra del DOS DE MAYO.

JOSÉ MARÍA MEDINA.

EL ALCALDE DE MÓSTOLES

Hay un pueblo pequeño, de muy pocos vecinos, en la provincia de Madrid, que no corresponde ciertamente á la idea que pueda formarse de él por su modesto nombre. No se ha restaurado una monarquía como en Covadonga, ni se ha fundado siquiera una pequeña república como en San Marino; no ha sido tampoco la cuna de artistas como los hermanos inventores de la pintura al óleo, ni de astrónomos como Francklin, ni de poetas como Sakespeare, ni de tiranos como Cronwell.

Pero ha sido más, mucho más, puesto que fué el motor que arrastró al combate á la nacion española contra el conquistador Napoleon I, y á cuya lucha ayudaron despues las naciones que, sepultadas en el ocaso de su independencia, vieron surgir en el valor de nuestros guerrilleros la aurora bella de su libertad y de su honra.

El alcalde de Móstoles, tan modesto como Washington y como Masaniello, hizo, con su célebre y patriótica proclama *LA PÁTRIA ESTÁ EN PELIGRO, Madrid perezca víctima de la perfidia francesa; españoles, acudid á salvarle*, un pueblo tan emancipado como el primero y una revolucion más grande que el segundo.

En vísperas de la fecha memorable del Dos de Mayo, cuando vayamos al campo de la Leal-

tad y contemplemos la urna cineraria que guarda las cenizas de tantos héroes y tantos mártires; cuando con el pensamiento sigamos los hechos de Bailén, Gerona y Zaragoza, recordemos aquel alcalde que, con el parte transmitido de pueblo en pueblo, logró levantar el espíritu popular que contribuyó á la derrota de Napoleon, tan necesaria á la libertad europea y que tan tristemente habia de terminar en Waterlloo.

MANUEL I OPEZ CALVO.

Á LA MEMORIA DEL PRECÓZ NIÑO ANGÉLITO NOVI

Angel te llamaba el mundo,
Angel te llamaba yo,
¡creimos que era tu nombre,
y eras un ángel de Dios!

Tus ojos, copia del cielo,
no eran de la tierra, no,
que en ellos se reflejaba
tu sublime corazon.

Una dulce melodía
era tu argentina voz,
tu garganta, ¿era nido
de algun tierno ruiseñor?

Blanca espuma de las olas
era tu tez; y el color
de tus megillas, la rosa
de sus hojas te lo dió.

Eras hermoso, Angel mio,
cual fantástica ilusion;
y tu angelical sonrisa,
un poema era de amor.

Por eso pronto volaste
á los brazos del Señor;
¡desde allí, ruega por todos,
ruega, sí, niño precóz!

A. G.

LAS VACACIONES

En fin de Mayo terminan las tareas escolares los estudiantes de segunda enseñanza, y el nombre que nos sirve de epígrafe resuena en el corazon de todos; pero ¿de qué modo? En el de unos, es decir, en el de los que aprovecharon el tiempo para el estudio y fueron puntuales para asistir á las aulas, produce la alegría, esa expansion del alma que denota que el individuo ha llenado sus deberes: en el de los que menospreciaron los consejos de sus maestros, olvidando su obligacion, no brota, en esta época, más que el pesar: en vano es que sofoquen su razon, por grandes que sean las potencias de su abatido espíritu al llegar el mes de Mayo, pues los escasos dias que les restan para probar su aptitud, son insuficientes para adquirir los conocimientos que debieron aprender en todo el curso académico.

Y á este temor natural, sigue la evidencia de una verdad amarga: la pérdida



SEÑORITA DOÑA ADELA SANCHEZ CANTOS



SAN VICENTE DE PAUL

del año escolar, y entonces las vacaciones, son, para los desaplicados, un verdadero tormento. La vergüenza se dibuja en sus ojos cada vez que las personas amigas de la familia interrogan por sus adelantos; se ven privados de los halagos de la familia misma; carecen de los recreos que en otro caso se les proporcionaría; y, al abrirse el nuevo curso, se encuentran en clase al lado de otros alumnos que empezaron un año después; castigo durísimo para el joven que tenga dignidad, porque los condiscípulos de ayer los rechazan por holgazanes ó por ineptos, y los condiscípulos de hoy los miran con recelo y desconfianza: unos y otros se apartan de ellos cautelosamente para no inficionarse con sus vicios, ó para que, cuando se les vea en público junto á ellos, no sean increpados por los desconocidos de la propia acre manera que lo son los desaplicados: *dime con quien andas, y te diré quién eres*, se dicen los de hoy para rechazar su amistad: *asóciate al que sabe*, dicen los de ayer, para volverlos la espalda.

¿Hay nada más triste que este aislamiento? ¿Hay nada más amargo que este castigo? No; porque afecta al honor.

Pues bien; tocado el desengaño, lacerada el alma por los sufrimientos, queda un camino á los que tuvieron la desgracia de extraviarse hasta el punto de perder un año: aprovechar en el recogimiento las vacaciones para estudiar con ahinco las asignaturas del año siguiente, y llegada su época, simultanear con el que perdieron el que cursen sus condiscípulos: de este modo sufrirán á medias, pues si bien es cierto que tienen que asistir á clase con los del año posterior, concurren también á las de sus primeros compañeros de estudio, y pueden presentarse con ellos en todas partes. Solo así se reivindica el lastimado honor.

Y lo mismo que acontece á los estudiantes de segunda enseñanza, acontece también á los de primeras letras al llegar la vacación de las canículas: el niño aplicado recibe como galardón de su aprovechamiento todos los homenajes compatibles con la fortuna de su casa, las caricias de todos: el niño holgazán, es por todos repelido y criticado.

Pues bien; si las vacaciones no significan una tregua absoluta en el estudio para los que aprovecharon el tiempo, puesto que si la hicieran, olvidarían en ella todos los conocimientos que su vacilante memoria adquirió en el transcurso de los días, los que fueron reprobados en los últimos exámenes están en el caso de prescindir de ese beneficio, para presentarse, al reanudarse las clases, al nivel de los buenos estudiantes: es decir, no deben considerar llegadas las vacaciones, sino

que, por el contrario, están obligados á hacer estudios privados que les rehabilite cerca de sus padres, de sus maestros y de sus compañeros.

Las vacaciones, pues, son la tregua oficial concedida por el poder á los establecimientos públicos de enseñanza; pero esa tregua no significa que los alumnos deben renunciar al estudio durante el interregno: los que así lo entiendan, los que así lo practiquen, serán, seguramente, buenos estudiantes.

VICENTE D. BORDANOVA.

FLORES DEL CIELO

LA GRATITUD

—¿A dónde vas, Palomita, surcando rápida el viento?

—Voy á ese valle cercano donde pian mis hijuelos.

—¿Qué conduces en el pico?

—Una flor.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de apagar la sed de mis amores.

—No entiendo.

—Me explicaré: ya te he dicho que yo, por fortuna, tengo mis hijos en ese valle, que son mi vida y consuelo; que tienen sed, mucha sed, y morirán sin remedio, si yo, en derredor de todos, no estoy muy pronto: aquí llevo para darles vida, el néctar, guardado en el verde seno de esta flor, que, á no dudar, cortó algún ángel del cielo.

—¿Qué! ¿no la has cortado tú?

—Dios me libre, no por cierto:

En vez de cortar las flores, yo con mis hijos las siembro, y las miro en derredor del nido, con gran respeto: ésta que conduzco ahora, la he recogido del suelo.

Entre mis hijos y yo sobre el nido la pondremos, y con arrullos de amor y el poder de Dios Eterno, vivificada la flor.

su semilla verteremos con solícito cuidado sobre la tierra, y muy luego brotarán divinas flores de los jardines del cielo, en torno del verde nido, donde pian mis pequeños.

—La flor abrió su corola, y en sus pétalos lucieron letras de oro y de brillantes que decían:—«En mi seno llevo la sávia de vida, y yo doy por uno ciento. Es mi nombre *Gratitud*, y mi tallo está en el cielo.

—Entonces las blancas alas de la paloma se vieron agitarse en el espacio, y, entre guirnalda de fuego, apareció en las alturas

un querubín, que extendiendo sus alas sobre las alas de la paloma, se vieron en derredor de aquel grupo á los nevados polluelos volar alegres piando en señal de su contento.

El ángel dijo:—«Queridos, *La Gratitud* es del cielo flor de las flores galanas, y es el divino destello de la voluntad de Dios: quien la conserve en el suelo, tendrá amor, paz y ventura; no lo olvidéis, niños buenos.» —Y desapareció el querube, y resonaron los ecos de su voz en el espacio: la paloma y sus hijuelos fueron en busca del nido, y el poeta y estos versos dicen: ¡BENDITO SEA DIOS QUE NOS DA FLORES DEL CIELO!

VALENTIN MARÍA MEDIERO.

UNA VISITA Á LA PENITENCIARÍA

DE LOVAINA

(Conclusion)

Cuando concluye la hora del paseo se les lleva al comedor: allí se forman uno detrás de otro, á dos metros de distancia, con la espalda vuelta á los patios, los brazos caídos, la cabeza fija y cubierta con el capuchón de paño negro.

Marchad, les dice el carcelero, y aquellos fantasmas desfilan lentamente, silenciosos y rígidos, dirigiéndose cada uno á su celda, donde espera que la puerta se abra y se cierre cuando entra. Esta uniforme rectitud en los movimientos, esta pasividad en la obediencia, se consigue sin brutalidades y por la sola fuerza moral.

Aun cuando alguna vez se aproximan por casualidad dos presos, la careta impide que se reconozcan. Un padre y un hijo han estado presos en Lovaina, durante cinco años, sin conocerse; uno por robo, otro por atentados al pudor. Solo al salir supieron que habían estado juntos. En la actualidad hay dos hermanos condenados á trabajos forzados. El menor, que es carpintero, asesinó á su mujer, y la hizo ciento cuatro pedazos: el mayor, cantero, mató á su patrón. Ambos ignoran que viven bajo el mismo techo.

Hay un preso condenado á diez años de reclusión; pero diez años representan seis cuando las penas que privan de la libertad se sufren en celda. Una ley, promulgada en 1870, estableció las rebajas graduales en la siguiente proporción:

3[12 durante el primer año.
4[12 en los años 2.º, 3.º, 4.º y 5.º
5[12 " " 6.º, 7.º, 8.º y 9.º
6[12 " " 10, 11 y 12.
7[12 " " 13 y 14.
8[12 " " 15 y 16.
9[12 " " 17, 18, 19 y 20.

El condenado á un año de prisión está, pues, en ella unos 280 días, y diez años re-

presentan el máximun, por el cual queda sobre el condenado á veinte.

A veces se encuentran entre estos desgraciados personas honradas, víctimas de un momento de arrebató. Una de éstas ocupaba una celda del primer piso.

—Es un militar,—nos dijo el carcelero,—condenado á trabajos forzados á perpetuidad por haber levantado la mano á su jefe. Hace once años que está aquí. Su docilidad es irreprochable y ejemplar su conducta. El director, los médicos, los limosneros, los comisarios, todos piden al rey clemencia para él. El año pasado se fijó límite á su prision, y en estos días se le ha reducido nuevamente su condena: yo no le quedan más que diez años.

—Diez y once son veintiuno,—murmuramos.

—Pero seguramente no cumplirá los diez. El año que viene se le notificará que el resto de su pena ha sido reducido á cinco años, y el siguiente, si persevera en su buena conducta, estará probablemente fuera de aquí.

Penetramos en su habitacion y le preguntamos:

—¡Vamos! ¿estais contento?

—¡Oh! sí,—dijo suspirando,—antes era para siempre, ahora le veo fin!

Cinco ó seis puertas más lejos nos enseñó el carcelero, por un agujero en forma de embudo, que deja ver el recinto de las celdas sin peligro de ser vistos, á un preso sentado junto á una mesa de zapatero, y nos dijo: este es uno de nuestros mejores súbditos; apostaría algo á que está ya ocupado en su tarea.

Y efectivamente, trabajaba con afán. Segun parece nunca descansa ni se recrea, y su principal anhelo es reunir bastante dinero para mandar á sus padres la cantidad que por costumbre les envia mensualmente. Mas no es este solo. El afán de reunir dinero con el objeto de socorrer á sus familias lo sienten muchos, segun nos dicen. Este afán es vivamente excitado por los consejeros, que aprovechan la ocasion de emplear como estimulantes todos los medios morales.

No era ménos interesante la situacion de un vecino suyo. Era éste un artesano laborioso, reconquistado para el bien, lleno de valor y de confianza en el porvenir.

El cartel exterior decia: «Golpes y heridas que han ocasionado la muerte.» El infeliz era reo de lo primero. Estaba de pié y dibujaba un paisaje. En la penitenciaría se permite á los presos todo lo que puede contribuir á su desarrollo intelectual. Al ver al que nos acompañaba, pareció alegrarse, y cuando éste le dijo «vuestros informes son buenos, perseverad,» gruesas lágrimas humedecieron sus mejillas. Era antes dorador, y en la prision se le ha enseñado el arte de encuadernador, cuya profesion se reserva para los que saben leer y escribir.

—Gano para mí catorce francos al mes,—nos dijo con cierto orgullo que hubiera parecido cómico si no fuera conmovedor.

Los trabajos en Lovaina son ejecutados por cuenta del Estado. La penitenciaría calza y viste á todo el ejército belga, que consta de unos cien mil hombres. Algunos trabajos,

sin embargo, se confian á industriales en virtud de un sistema mixto. Entre otros está la encuadernacion, que no puede ser más que de libros extranjeros, para no hacer competencia á la industria nacional.

El sostenimiento de la penitenciaría es costoso, pero los belgas creen que el dinero en ella empleado es reproductivo. Antes, el número de presos llegaba á 7.000, y en la actualidad no pasa de 4.000. Los escritores del país atribuyen esta disminucion considerabilísima al régimen celular, que, moralizando á los presos, hace rarísimos los casos de reincidencia.

L. E.



¡QUIÉN PUDIERA HACER BIEN!

(Leyenda)

Á MI DISTINGUIDO AMIGO Y COMPAÑERO

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

I

Recuerdo que una tarde,
cruzando el Cabañal,
paraíso que el cielo
en la moderna edad,
á mi adorada España
le quiso regalar,
ví una pequeña casa
de pobre aspecto, y tal,
que despertó en mi alma
tierna curiosidad.
Detúveme tranquilo
su forma á contemplar,
y no sé cuánto tiempo
así llevaba ya,
cuando llegó á mi oído
el eco de un cantar,
que cada vez más cerca
y con más claridad,
estos sencillos versos
decia sin cesar:
«Solo envidia al que ejerce
la santa caridad;
¡quién pudiera hacer bien
para morir en paz!»

II

Llegó á mi lado una jóven
de hermosura angelical,
si es que se pueden los ángeles
con la mujer comparar,
y fijando en mí sus ojos
exclamó con ansiedad:
—Prestadme vuestra atencion:
¿venís acaso á buscar
en estos bellos contornos
la buen anciano Don Juan,
que pensativo acostumbra
de la tarde al declinar,
á acercarse paso á paso
desde la misma ciudad,
y mirando á esa barraca
horas enteras pasar?
—No,—respondí,—niña hermosa,

vengo por casualidad,
y la bendigo en el alma,
pues por ella he de admirar,
esos dos ojos azules
que envidia á los cielos dan,
esa palidez sublime,
esa boca de coral,
esa rubia cabellera
copia del rayo solar,
y esa flexible cintura
que meciéndose á compás,
de estos árboles frondosos,
derrama por donde vá
la gracia de la española,
que es la mujer ideal.

—Basta de galantería
puesto que os quiero contar
antes que cierre la noche
una historia.

—Ven acá

y habla, que atento te escucho.

—¿Pero hace falta quizás
que á vuestro lado me siente?

—¡Oh! sí, cuando un sol se vá
siempre necesita el hombre
otro más próximo hallar,
porque la tierra es caverna
de tan grande oscuridad,
que á no ser por tantos ojos
que su luz pueden prestar,
á ciegas sucumbirian
de la vida en la mitad,
los que tan solo nacieron
para ver, sentir y amar.

—Mil gracias; pero decidme,
entonces ¿por qué hablan mal
de las mujeres, algunos?..»

—Pues... por nada... por hablar,
sin quererse convencer
en su lucha desigual,
que todos venimos de ellas,
y á ellas vamos á parar.
Tomó asiento la doncella,
y con voz sentimental
antes de empezar la historia
lanzó al viento este cantar:
«Haz bien sin mirar á quien,
como aconseja el refrán,
pues lo agradezcan ó no
el cielo te ha de premiar.»
Y despues de sonreírse
la hortelana sin rival,
su historieta prometida
así comenzó á contar:

III

—En esa pequeña casa
que de frente estamos viendo,
vivian há muchos años
dos infelices labriegos,
sin más tesoro que un hijo
honrado, afable y discreto,
siendo de propios y extraños
considerado en extremo.
Sus costumbres, tan humildes
de niño y adulto fueron,
que todos los de su edad
aprendian en su ejemplo;
y los ancianos pasaban
á su lado sonriendo,

y las madres á sus hijos
le citaban por modelo.
No bien tímido asomaba,
el sol su disco de fuego,
en esa bóveda inmensa
que llamamos firmamento,
cuando el jóven, colocando
sobre un caballo ya viejo
su seron de humilde esparto,
tomaba á paso ligero
la direccion de Valencia
por ese camino estrecho,
y á la par que iba buscando
abono para su suelo,
la miserable paella
que le ponian de almuerzo
á los pobres que encontraba
iba amante repartiendo;
y al regresar á su choza
por ese blanco sendero
que hay en la verde pradera,
cantaba siempre contento:
«Unos gozan con guardar,
otros con gastar sin freno,
¡cuánto bien haria yo
si Dios me diera dinero!»

IV

Todos los dias de fiesta
iba con su madre al templo
que en esa próxima altura
veis levantarse modesto.
Ambos allí arrodillados
elevaban en silencio
al Dios de la Caridad
sus plegarias y sus ruegos.
Sucedio, pues, cierto dia,
de dulces, gratos recuerdos,
porque nadie olvidar puede
los venturosos encuentros,
que al tomar agua bendita
y disponerse el mancebo
á regresar á la huerta
con su madre satisfecho,
hubo de apoyarse en ella,
porque, segun refirieron,
con unos ojos azules,
chocaron sus ojos negros.
Sin duda los dos así
algo decirse debieron,
que el lenguaje de los ojos
por más que es mudo, yo creo
que suele ser con frecuencia
elocuente y verdadero.
A los tres ó cuatro meses
del referido suceso,
hombres demandó la pátria
para defender su suelo.
Juanito, que este era el nombre
del enamorado nuestro,
jugó la suerte en las quintas,
más fué el azar tan perverso,
que una espléndida mañana
del mes en que todos vemos
bordarse el campo de flores,
vestirse de azul el cielo,
rizarse el mar en la costa
y hallar salud el enfermo...
al son del ronco tambor
por el llano se perdieron

catorce ó veinte reclutas
mandados por un sargento.
Cuentan todos, que aquel dia
sus trabajos suspendieron
por despedir los parientes
ó los amigos sinceros,
y muchas madres lloraron,
y muchas niñas gimieron,
y unos ojitos azules
que eran la envidia del pueblo,
dejaron correr sus lágrimas,
publicando así un secreto,
que aunque todos suponian,
ninguno daba por cierto.
Y cuentan varios ancianos
que aquella noche el silencio
perturbaron dos cantares
de amor y ternura llenos.
Uno, triste como el canto
de la tórtola sin dueño;
otro, alegre como el trino
del ruiseñor zalamero;
el uno en voz de mujer,
el otro en voz de mancebo;
el uno cerca, muy cerca,
el otro lejos, muy lejos.
El primero concluia
con estos sencillos versos:
«Contigo se vá mi alma,
consérvala con esmero.»
Y el segundo terminaba
con estos dos, casi idénticos:
«que hasta volvernos á ver
irá sin alma mi cuerpo.»
Siendo notorio que ambos
finales repitió el viento,
y se formó este cantar
solo de esperanza lleno,
que las niñas más hermosas
le daban libertad presto,
cuando los quintos en Mayo
abandonaban el pueblo:
«Contigo se vá mi alma,
consérvala con esmero,
que hasta volvernos á ver
irá sin alma mi cuerpo.»

V

Fueron los años pasando,
los amantes se escribian,
y uno al otro se decian:
«¡cuándo nos veremos!... ¡cuándo!»
La guerra al fin terminó
y el mozo volvió á su tierra,
porque ninguno en la guerra
de su tierra se olvidó.
Llegó Juan, con alegría
recorrió las casas todas;
concertáronse las bodas,
se hicieron en breves dias,
y cuando feliz miraba
su dichosa realidad,
una horrible enfermedad
le arrebató cuanto amaba.
El cólera, presentando
su horrible cuadro, y creciendo,
fué los pueblos invadiendo,
y los campos infestando.
Huérfano y viudo, sufrió
resignado su pesar,
y anhelando trabajar

de estos contornos partió;
pues en su dolor profundo
como aquí nada esperaba,
al despedirse anunciaba
que iba en busca de otro mundo.
Y donando sin querella
de su casa el pobre ajuar,
desde este puerto sin par
salió con rumbo á Marsella.

VI

A los treinta años cabales
de todos estos sucesos,
en la ciudad de Valencia
se presentó un caballero,
que procedente de América
con un capital inmenso,
era de los desvalidos
el amigo más sincero.
Llamar á su puerta el pobre,
era llamar en el cielo,
pues nunca estaba cerrada
ni indiferente su dueño.
Él consolaba á los tristes,
él conducía á los ciegos,
él reia con los niños,
y él lloraba con los viejos.
Ahora bien: si deseais
conocer tan buen sugeto,
esperad aquí conmigo,
porque es el Don Juan que espero.
Providencia en forma humana
le llamamos todo el pueblo;
¡oh, quién pudiera hacer bien
para gozar de ese aprecio!
.....
Lloró la infeliz muchacha,
me habló despues de su duelo,
la socorrí como pude,
y despidiéndome atento,
al regresar á la casa
donde hospedaje modesto
tenia el pobre poeta
autor de estos pobres versos,
envidiando al buen Don Juan
recordé el cantar primero:
«¡Cuánto bien haria yo,
si Dios me diera dinero!»

FRANCISCO ARECHAVALA.

En el *Diario de Palma* se denuncia la aflicta situación por que cruzan los maestros de escuela de la provincia de Málaga.

Llamamos la atención del celoso señor director de Instrucción pública, sobre el particular, para que en el plazo más breve posible se ocurra á remediar tamaño mal.

Recomendamos á nuestras habituales lectoras el establecimiento de confección de sombreros para señoras y niños que el señor Hernandez tiene instalado en la calle del Carmen, número 5. La variedad de modelos que exhibe en sus suntuosos escaparates, es la expresión de la moda parisiense para la próxima estación de verano, segun tienen lugar de ver todas las señoras de tono y buen gusto.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.